



UN HOMBRE-LOBO EN EL ROCÍO

el paseo | bizzarro, 1



Julio Muñoz Gijón
@Rancio

UN HOMBRE-LOBO EN EL ROCÍO

ILUSTRACIONES
Cristina Domínguez Ruiz

el paseo, 2016



© Julio Muñoz Gijón, 2016
© de las ilustraciones: Cristina Domínguez Ruiz, 2016
© del fliporama: Roberto Leal, 2016
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2016
www.elpaseoeditorial.com

1ª edición: junio de 2016

El autor y la editorial quieren manifestar que todos los personajes, lugares y marcas comerciales que aparecen en esta novela, y sus secuelas, son ficticios y/o están mencionados en el marco de una ficción humorística sin ningún parecido con la realidad, con efectos de exageración y con la mejor intención posible y, en ningún caso, mediante contraprestación de ningún tipo.

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: sputnix.es
Ilustración de cubierta: J. Alés y F. Cadenas
Corrección: Deculturas, s.c.a.
Impresión y encuadernación: Kadmos

I.S.B.N. 978-84-945509-2-8
DEPÓSITO LEGAL: SE-763-2016
CÓDIGO BIC: FA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

PRÓLOGO



“La Blanca Paloma y Caperucita
son mi guía”



*A los sueños, tras cumplir el mío de que la gente
reconociera que la mejor frase de la literatura en
castellano es la que abre esta novela.*



UNO

–*En un lugar de la mancha se ve que se ha comido la tela ya, así que yo creo que lo mejor es retapizarlo.*

Una mujer de unos 70 años, con pelo corto, un traje fresquito de flores y unas zapatillas azules de cuña, hace señales con la mano a una furgoneta para que pare. Le habla desde antes de que llegue.

–Es por mi nieto el chico, que hice patatas con chocos y se tiró el plato encima...

La furgoneta, sin embargo, pasa de largo a muy poca velocidad. La mujer se queda sorprendida.

–¡Pero, hombre, no vas a parar el coche, so sinvergüenza? Después del trabajo que me ha costado bajar el tresillo de tres plazas a pulso por las escaleras.

La señora sigue protestando con los brazos en jarra a una furgoneta que avanza lentamente pero sin detenerse. Tiene un altavoz en el techo que no para de proclamar: «El tapicero, señora, se tapizan sillas, sillones, tresillos, butacas, mecedoras, descalzadoras y toda clase de muebles y tapicerías que tengan en mal estado».

La señora sigue a lo suyo.

–¡Pero, hombre! Que te tengo aquí el tresillo, ¿es que no lo ves? Pues yo no lo muevo más.

El coche sigue avanzando, ceremonioso, por la calle mientras continúa con su inquietante mensaje publicitario. La mujer no para de gritar e insultar al tapicero. Ante el escándalo, salen varios vecinos a ver qué ocurre.

–¡Que te está llamando la mujer, tapicero!

–¡Un poco de humanidad! ¡Que ha bajado ella sola el tre-



sillo ése, que lo levantas diez metros y cuando lo sueltas te rozan los dedos en el suelo de lo que pesa!

La furgoneta continúa. Nadie parece entender nada hasta que la calle se curva y el vehículo choca, despacio, contra un coche aparcado. La alarma del vehículo impactado comienza a sonar y se mezcla con el mensaje del altavoz de la furgoneta. Hay mucho ruido y los vecinos se acercan.

–A éste se le ha complicado el anís en el desayuno, ya verás.

–Es verdad, yo siempre le he visto que tenía pinta de gustarle el solomillo al *whisky* sin solomillo.

La mujer del tresillo es la primera que llega al golpe. Se asoma por la ventanilla para reñir al tapicero. Sin embargo, ve algo en el interior, intenta gritar pero no puede del pánico. Se echa las manos a la boca. En toda la calle sigue sonando, mezclada con la alarma del coche impactado, una agradable voz que recita: «El tapicero, señora, se tapizan sillas, sillones, tresillos, butacas, mecedoras, descalzadoras... ».

DOS

Jiménez y Villanueva llegan a una calle del barrio de Vallecas. Un montón de vecinos se arremolinan alrededor de la cinta policial. Los dos policías entran. Villanueva saluda a un oficial.

–¿Qué ha pasado?

–Hará una hora, el coche del tapicero enfiló esta calle a poca velocidad, como hace normalmente. Lo que no sabían los vecinos es que dentro, efectivamente, iba un tapicero... pero tapizado de hule.

Jiménez parece despertarse.

–¿Cómo dice?

–Lo que oyen, mírenlo ustedes mismos, concretamente del hule transparente éste como el que tengo yo o cualquiera en casa para no manchar el mantel.

Jiménez asiente.

–Correcto, ha salvado de muchas broncas ese plástico en mi casa también.

–¿Con la mujer, verdad?

–Sí, y eso que yo tengo autoridad, a mí, mi mujer me habla de rodillas.

El policía se sorprende.

–¿Ah, sí? ¿Y qué le dice?

–¡Sal de debajo de la cama, cobarde!

Jiménez y el policía se ríen. Jiménez le da dos palmadas en la espalda.

–En fin, vamos al lío.

Villanueva y Jiménez se acercan con el oficial al coche.



Pasan junto a un sofá en el que hay una mujer llorando. Jiménez la mira extrañado y pregunta al policía:

–¿Y esta señora quién es?

–La primera testigo. No sabe nada. Bajó la mujer a pulso el sofá por una escalera desde un cuarto para que lo viera el tapicero cuando escuchó la cantinela. Fue la primera que vio el cadáver.

–Joder, ésa, más que por el muerto, está llorando por tener que volver a subir el tresillo.

Los tres policías llegan a la furgoneta y se asoman con precaución por la ventana delantera. Jiménez salta como un resorte asustado.

–¡Hostia! ¡Parece un lomo embuchado!

El agente asiente.

–Habrá que esperar a que lleguen los forenses y hagan las pruebas, pero yo diría que está al vacío. Sólo que por los bordes tiene un doble vivo característico de los tapiceros.

Jiménez mira el cadáver con una mezcla de curiosidad y temor.

–¿No habéis abierto el paquete todavía, no?

–No, cuando lleguen tendrán que hacerle las pruebas. Hemos comprobado la matrícula de la furgoneta y es de un tapicero, pero de uno que está vivo y al que le robaron el vehículo anoche. Lo había denunciado.

Jiménez frunce el entrecejo.

–No era su coche... qué raro, lo único claro es la causa de la muerte, asfixia...

Villanueva niega con la cabeza.

–No se precipite, Jiménez, habrá que esperar a la autopsia, pero, de todas formas, lo más lógico sería que alguien lo hubiera matado en otra parte, lo hubiera envasado al vacío, le hubiera puesto el remate de tela ése y lo hubiera traído aquí. Recuerde que la furgoneta estaba encendida y se movía con él dentro.

El oficial asiente.

–Sí, encontramos un par de piedras en el acelerador para que se quedara presionado y avanzara, por lo que cuentan los testigos, a unos 5 kilómetros por hora.

Villanueva mira hacia atrás.

–Esta calle tendrá unos 600 metros, pregunten antes de aquella curva si alguien vio a alguna persona bajándose de la furgoneta, alguien tuvo que girar el volante.

–Vale, así lo haremos.

Jiménez va hacia la parte trasera de la furgoneta y abre la puerta. Se queda estupefacto con lo que ve. Villanueva se da cuenta.

–¿Está bien, Jiménez?

–Jefe, venga, debe ver esto.

Villanueva y el agente se acercan. En una de las paredes de la furgoneta hay una pintada hecha con plantilla y espray rojo que tiene un mensaje claro.

«LA CACERÍA HA COMENZADO.
KTR».

Ambos policías se miran.

